

CAPITULO XV.

¿De ese modo, calaveras,
Desempeñais el servicio;
Y cumplis con los deberes
Propios de vuestro destino?
¿Y el tonto que yo he mandado,
No ha llegado? ¿no ha salido?

SHAKESPEARE.

JAMAS se presentan los hombres á la vista los unos de los otros de un modo menos ventajoso, ni se hallan con mas mala correa, que despues de haber pasado en vela toda una noche. Aun las mas bonitas, despues de haber pasado toda la noche en un baile, harian muy bien en no presentarse delante de sus queridos y amartelados amantes. Tal era la palidez que cubria los semblantes de los que habian pasado la noche en la antecámara del conde de Sussex. El jóven de quien hemos hablado en el precedente capítulo, habia salido á ver quien llamaba á la puerta del castillo, y al entrar quedó admirado de ver las caras de sus compañeros.

— El diablo me lleve, señores, les dijo,

si no parecen vms. lechuzos. Va á salir el sol, y creo que van vms. á volar, ofuscados los ojos, en busca de algun árbol podrido ó de alguna pared antigua en que esconderse.

— Calla, botarate, dijo Blount. ¿Es acaso el momento de chancearse aquel en que tal vez acaba de sucumbir en el cuarto vecino el honor de la Inglaterra?

— Mientes, replicó Walter.

— ¡Yo miento! repitió Blount levantándose: ¡yo miento! ¿hablas conmigo?

— Sí, Blount, mientes, pero no te enfades por tan poca cosa. Aprecio y amo á milord tanto como el primero de vosotros; pero si Dios le llamase para sí, no por eso diré que ya no hay honor en Inglaterra. Le habrá siempre, Blount, mientras tú existas, y mientras vivamos en ella Markham, Tracy, nuestros amigos, y yo.

— Y no dejas de contarte en el número.

— Ya se vé que no; y añadiré aun que yo seré el que se aproveche mejor del talento que Dios nos ha dado.

— ¿Quieres comunicarnos ese secreto?

— ¿Por que no? Sois como la buena tierra que no da ninguna cosecha, porque se cree que no es preciso echarle abono. Yo soy tal vez un terreno menos fértil por sí mismo,

pero la ambicion entretiene en él una fermentacion que le hará productivo.

— Dios quiera que no te vuelva loco. En cuanto á mí, si llegamos á perder al noble conde, me despido de la corte y de los campamentos. Tengo como unas quinientas yugadas de tierra en el condado de Norfolk, y me enterraré allí dejando la coraza por la azada.

— ¡Seria una villanía! Pero tienes ya, á decir la verdad, toda la facha de un labrador, las espaldas inclinadas como si fueses á echar mano al arado, y hasta un olor de chotuno en lugar de los perfumes propios de un elegante y pulido cortesano. No parece sino que sales de algun pajar, y solo podrás decir disculpandote, que has ido allí siguiendo á una labradora bonita.

— Dejate de chufletas, Walter, dijo Tracy; ni el tiempo ni el lugar las permiten. Dinos mas bien quien es el que ha llamado á la puerta.

— El doctor Masters, médico de la reina, que venia de órden espresa de Isabel para informarse de la salud del conde.

— ¡Ah! dijo Tracy, no es pequeña demostracion de favor. Si el conde llega á recobrar la salud, Leicester tendrá aun en él un terrible rival. ¿Y donde está el doctor?

— Camino de Greenwich, respondió Walter, y de malísimo humor sin duda alguna.

— ¡Como! dijo Tracy, ¿le has dado con la puerta en los hocicos?

— ¿Has hecho esa calaverada? dijo Blount.

— Sí por cierto. Le he despedido como pudiérais despedir vosotros, tú, Blount, á un pobre mendigo, y tú, Tracy, á uno de tus acreedores.

— ¡Por vida del otro Dios! ¿por que le has dejado ir á la puerta? preguntó Blount á Tracy.

— Porque es mas jóven que yo; pero está botaratada nos pierde á todos sin remedio. Ya sea que viva milord, ya sea que muera, jamas la reina querrá mirarle siquiera á la cara.

— Y no tendrá medios de hacer la fortuna de sus partidarios, dijo Walter con una risa sardónica. He aquí la llaga secreta y sensible. Señores, yo he sentido mas que todos juntos la enfermedad de milord; pero en tratandose de servirle, no cedo á nadie. Si hubiese permitido á ese sabio doctor entrar en el cuarto del conde, ¿no ven vms. que hubiera habido entre él y el médico que ha venido con Tresilian un bullicio capaz de despertar á los siete durmientes? Las campanas todas de una

catedral no meten tanto ruido como una disputa entre dos médicos.

— ¿Y quien tomará á su cargo el disculparse de haber contravenido á las órdenes de la reina? preguntó Tracy; pues sin duda el doctor Masters venia á asistir al conde de orden espresa de su magestad.

— Yo, señores, dijo Walter; y si he cometido una falta, sufriré la pena que merezca por ella.

— Despidete pues de tus alegres sueños, dijo Blount, y renuncia á los favores de la corte. Por mas que fermente tu ambicion, el Devonshire no verá nunca en tí mas que un segundon que solo servirá para sentarse en una esquina de la mesa, trinchando en ella con el capellan, cuidando de que los perros esten bien alimentados, y apretando la cincha al caballo del amo cuando sale á caza.

— No, dijo el jóven con viveza, no: no sucederá nada de eso miéntras que se haga guerra en la Irlanda ó en los Países-Bajos, miéntras las olas del mar abran un camino á los peligros, á la gloria y á la fortuna. El rico Occidente tiene tierras desconocidas todavía, y no deja de haber en Inglaterra almas bastante atrevidas que emprendan descubrirlas. Vuelvo al instante, señores, voy á hacer la ronda, y á ver si los centinelas estan alerta.

— Tiene azogue en sus venas, dijo Blount mirando á Markham, no puede ser otra cosa.

— Tiene en la sangre y en la cabeza, respondió Markham, lo que se necesita para adelantar mucho, ó perderse para siempre. Pero al cerrar la puerta á Masters se ha atrevido á hacer al conde un gran servicio, pues el compañero de Tresilian ha dicho que el despertarse á milord seria matarle, y Masters despertaria al conde, si su sueño no hubiera sido ordenado por todo el protomedicato.

Salió en esto Tresilian, y trajo á la antecámara la feliz noticia de que el conde se habia despertado por sí mismo; que se habian disminuido sus dolores internos; que estaba alegre, y que brillaban sus ojos con una vivacidad que anunciaba un cambio favorable en su situacion. Pedia le hiciesen la relacion de lo que hubiese podido ocurrir durante la noche.

Cuando supo el conde de que modo el jóven Walter habia recibido al médico que la reina se habia dignado enviarle, se sonrió al pronto; pero despues de una corta reflexion dió orden á Blount, su primer caballero, de embarcarse al momento para ir al palacio de Greenwich, llevandose consigo á Walter y Tracy, y presentar sus humildes respetos á la reina, darle las gracias, y esplicarla el mo-

tivo que le habia impedido recibir al sabio doctor Masters.

— ¡No es maleja la órden que digamos! dijo Blount volviendo á entrar en la antecámara. Si me hubiese enviado con un cartel de desafio á Leicester, creo que hubiera desempeñado bastante bien la comision. Pero presentarme delante de nuestra graciosa soberana, en cuya presencia todas las palabras deben ser de almibar y caramelo, como si saliesen de la tienda de un confitero, no me sienta bien en el estómago. Vamos, vamos, Tracy; sigueme, Walter de todos los demonios, que nos has metido en este berengenal; veamos si tu cabeza de chorlito podrá sacar de apuros á un pobre trompeta que no sabe hablar sino el inglés castizo.

— No temais nada, dijo Walter, yo os sacaré de apuros, pero dadme el tiempo necesario para ir á buscar mi capa.

— ¡Tu capa! ¿no la tienes puesta? Creo que ha perdido la cabeza, si acaso la ha tenido jamas.

— ¡Oh! no, es una capa vieja de Tracy. ¿Te parece que me presentaré yo en la corte sino con toda ceremonia?

— Tu ceremonia servirá para ver al portero y á algunos criados miserables.

— No importa, quiero ponerme mi capa,

y escobillarme bien de arriba abajo ántes de partir.

— ¡Grande asunto por vida mia! Vamos, despachate, y no seas pelmazo.

Pronto se encontraron á bordo de una barca en el soberbio Támesis, en cuyas aguas brillaba el sol con todo su esplendor.

— He aquí dos cosas que nada iguala en el universo, dijo Walter á Blount, el sol en el cielo, y el Támesis sobre la tierra.

— Los rayos del uno nos alumbrarán para ir á Greenwich, respondió Blount, y las aguas del otro nos conducirían allí mas pronto si fuese la hora de la marea.

— ¿Y son esos todos tus pensamientos, todos tus cuidados? ¿No ves otra utilidad en el rey de los elementos, en el rey de los ríos, sino la de ayudar á unos pobres diablos como tú, Tracy, y yo á hacer en la corte una visita de ceremonia?

— Poco me importa, á fé mia, la tal visita; y de buena gana dispensaría al sol y al Támesis de llevarnos á donde ningunas ganas tenia de ir, y donde espero en resumidas cuentas que me recibirán como á un perro. Y si mal no me engaño, vamos á hacer el viage en balde, añadió mirando ácia Greenwich, pues veo la barca de la reina cerca de

las escaleras del parque, y eso indica que su magestad va á salir á paseo.

No se equivocaba en su juicio. El pabellon inglés flotaba á bordo de la barca real, en donde estaban ya los marineros de la reina con sus ricas libreas, y la habian acercado á la escalera del parque de Greenwich. Otras dos ó tres barcas estaban mas atras, destinadas para las personas de la comitiva que no fuesen admitidas en la primera. Sus guardias de corps, los mejores mozos de toda la Inglaterra, formaban dos hileras desde la puerta del palacio hasta la orilla del agua, y aguardaban al parecer la llegada de la reina, aunque era muy temprano.

— ¡Par diez! esto no me da buena espina, dijo Blount. ¿Que diablos puede obligar á la reina á salir tan de mañana? Lo mejor que podemos hacer es volvernó á Say's-Court, para decir al conde que es lo que hemos visto.

— ¡Lo que hemos visto! repitió Walter. ¿Que hemos visto pues? una barca, los remeros, y algunos soldados con alabardas y uniforme de grana. Desempeñemos la comision que el conde nos ha dado, y darémosle cuenta del modo que nos ha recibido la reina.

Dicho esto, ordenó á los marineros acercar la barca á un sitio en que pudiesen saltar en tierra, creyendo que el respeto no les per-

mitia en aquel momento servirse de la escalera del parque. Salió entónces á tierra seguido del prudente y circunspecto Blount que le acompañaba como de mala gana. Al presentarse en la puerta de palacio, supiéron que no podian entrar en él, porque iba á salir la reina. Se valiéron del nombre del conde de Sussex, pero este talisman ningun efecto produjo en el oficial que estaba de guardia, pues les dijo que no podia dejarles pasar.

— ¿No te lo decia yo? dijo Blount. Vamos, Walter amigo, volvamos al punto á Say's-Court.

— No por cierto; primero es preciso que vea yo á la reina, le respondió con resolucion.

— ¿Eres loco y mas que loco?

— ¿Y tú? ¿de cuando acá eres tan gallina? Te he visto hacer frente á una docena de bribones irlandeses, sin que te acobardase su número; ¿y tiembblas ahora porque una hermosa dama puede mirarte con ceño?

Abriéronse en esto las puertas del castillo; saliéron primero los guardias, despues los porteros, y al fin Isabel salió en medio de las damas y señores de su corte, colocados de modo que pudiesen verla de todos lados. Era todavía jóven, y brillaba con todo el resplandor de lo que se llama hermosura en una soberana, y se llamaria en todas las clases no-

bleza y dignidad. Apoyabase en el brazo de lord Hunsdon, que en clase de pariente por parte de madre recibia de ella muchas veces iguales demostraciones de favor y distincion.

Walter no se habia quizás acercado tanto hasta entónces á la persona de su soberana, y se adelantó hasta la hilera que formaban los guardias, para aprovecharse de esta ocasion de verla á su gusto. Su compañero, bien al contrario, maldiciendo lo que llamaba su imprudencia, procuraba desviarle algun tanto; pero Walter se desasíó de él, y dejando caer con gracia y donaire su capa de un lado, descubrió su cuerpo airoso. Quitandose entónces la gorra, fijó los ojos en la reina con una respetuosa curiosidad, y al mismo tiempo con una viva y modesta admiracion. Al fin los guardias, viendole tan buen mozo y tan bien vestido, consintieron en que entrase en la hilera, lo que no permitian á los curiosos de la clase comun; y el jóven intrépido se encontró así en un sitio en que podia ser visto por Isabel, que jamas era indiferente ni á la admiracion que causaba con justos motivos, ni al mérito exterior que notaba en algunos de sus cortesanos. Al acercarse á aquel sitio, echó ella una mirada sobre él, manifestandose admirada de su arrojo, mas no resentida de él de ninguna manera. Pero un incidente fijó

sobre él mas particularmente su atencion. Habia llovido por la noche, y precisamente junto al sitio en que se hallaba nuestro jóven habia un charco, y la reina tenia que pasar por él. Detuvose ella un instante, y Walter, quitandose la capa en un abrir y cerrar de ojos, la estendió en tierra para que pudiese pasar á pié enjuto, acompañando este acto de galanteria con un saludo respetuoso, mientras su rostro se cubria de rubor. La reina volvió á mirarle algo confusa, se puso tambien colorada, se sonrió, pasó adelante, y entró en la barca sin decir una palabra.

— ¡Que tal, señor botarate! le dijo Blount. Bien puedes ahora armarte de un buen cepillo para limpiar tu capa. Si querias hacerla servir de alfombra, pudieras haber guardado la de Tracy, que es de paño burdo, y puede soportar el lodo.

— Esta capa no se escobillará jamas mientras esté en poder mio, dijo plegandola lo mejor que pudo.

— No tienes capa para mucho tiempo si la tratas de esa manera. Pronto te veremos *en cuerpo*, como dicen los Españoles.

Esta conversacion fué interrumpida por un portero de la reina.

— Busco, dijo mirandolos con mucha atencion, á un jóven que no tiene capa, ó que

la tiene llena de barro. Vm. es sin duda, dijo á Walter; tenga vm. la bondad de seguirme.

— Está conmigo, dijo Blount, y soy el primer caballero del conde de Sussex.

— Muy bien podrá ser eso, respondió el portero; pero traigo órdenes precisas de la reina dirigidas únicamente al señor.

Con esto se fué diciendo á Walter que le siguiese, mientras se quedó Blount, por decirlo así, hecho una estatua. — ¡Quien diablos hubiera imaginado aventura semejante! dijo por fin; y meneando la cabeza, se volvió pensativo á la barca y con ella á Say's-Court.

Al mismo tiempo el portero dirigió á Walter ácia el Támesis por la grande escalera, tratándole con la mayor consideracion y respeto, lo que en semejante caso no era de mal agüero, y le hizo entrar en una de las lanchas que estaban prontas á seguir á la barca de la reina, que estaba ya en medio del río en que bogaba con rapidez, á favor de la marea, ventaja que echaba de menos Blount al ir á Greenwich.

Los dos remeros, obedeciendo al portero, bogaron de tal modo que en pocos minutos abordaron á la barca de la reina, en que estaba sentada con dos ó tres damas de su comitiva, y algunos personages de su corte. Miró mas de una vez ácia la lancha que se

acercaba, y al gentil mancebo que venia en ella, y profirió algunas palabras riendose delante de las personas que la rodeaban. En fin un señor, de órden suya sin duda, mandó á los marineros acercar su barca, y dijo á Walter que entrase en la de la reina, lo que ejecutó con ligereza y gracia. La lancha que le habia traído se retiró, y le condujeron delante de Isabel. Opuso á las miradas de su magestad una serenidad modesta, y si manifestaba alguna turbacion, solo servia para dar realce á sus gracias. Tenia siempre sobre el brazo izquierdo la capa llena de barro, y este fué naturalmente el asunto de conversacion que entabló la reina.

— Ha echado vm. á perder hoy una hermosa capa, caballero; doy á vm. las gracias por el servicio que me ha hecho, aunque ha salido de los términos ordinarios y no ha estado esento de algun arrojito.

— El arrojito es un deber, dijo Walter, en un súbdito, cuando se trata de servir á su soberano.

— Por Jesucristo, que ha respondido bien, milord, dijo la reina volviendose ácia un grave personage que estaba á su lado, y que solo la contestó bajando la cabeza. Pues bien, tu galantería no dejará de ser recompensada; mandaré que te den otra capa en cambio de